



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

LA SORBONNE (prosigue)

Charles Péguy

JUNTO CON JACQUES, Psichari se entusiasmaba por Charles Péguy, y frecuentábamos juntos su estrecha librería "Cahiers de la Quinzaine", situada en la calle de la Sorbonne, de esa Sorbonne de los "historicismos" que Péguy miraba con ojos reprobadores y consideraba nido de estéril pedantismo. Yo aprendía escuchándole los secretos de esa Montaña que conocí; Jacques y Psichari no habían publicado de ciencia y sabiduría, y que de cerca revelábase sus fallas y precipicios.

Péguy era mayor que todos nosotros. Yo no me atrevía ni a hablar en su presencia. Me impresionaba con su barba severa, sus lentes, y con su pelegrina negra que llevaba consigo en todo tiempo y ocasión, y con la cual Pierre Laurens le pintara en un magnífico y fiel retrato.

Charles Péguy es el primer autor francés vivo que conocí; Jacques y Psichari no habían publicado nada todavía. Era una feliz iniciación, no podía soñarse francés más típico, ni autor más sabroso, más directo, más expresivo de su época en lo que ella tenía de mejor, de las exigencias de su tiempo, de las aspiraciones de ese entonces hacia realidades humanas y espirituales echadas en el olvido o abandonadas en la sombra. Todo eso aflúa en él y lo expresaba en admirables monólogos, o en esos escritos de continuación ininterrumpida que, sin bien se detienen a veces, tienen como las aguas de un río la abundancia, la perseverancia en una misma dirección, la perpetua insisten-

cia. También puede compararse el estilo de Péguy a una tapicería en que no haya un solo espacio que no esté cubierto con lana o seda. Esa hace un todo compacto donde sólo los colores marcan diferencias. **La Tapicería de Eva** fué en realidad el mejor título que pudo haberle dado a ese largo relato compuesto de innumerables cuartetos simulando cada uno puntos de un tejido perfecto.

También veía a Péguy en casa de la madre de Jacques. Fué su amigo hasta la muerte y ella conserva para él un culto de fidelidad incomparable. Péguy consideraba a Jacques como a un hermano menor que le ayudaría y le sucedería más tarde y continuaría su obra en los "Cahiers de la Quinzaine".

Desde entonces Jacques le ayudaba, le acompañaba a Suresnes a casa del impresor de los **Cahiers**, y aprendía allí el arte de la tipografía y empezaba a gustar de los hermosos caracteres y de los grandes papeles.

Cuando íbamos con Péguy de la calle de la Sorbonne a la casa donde habitaba y habitaba todavía la madre de Jacques, nos contaba sus dificultades materiales o morales; y nosotros participábamos de la angustia que le afligía en medio de un trabajo tesonero cuya importancia él conocía muy bien, —escribió para de aquí a 20 años— decía,— ante la perspectiva de no poder pagar sus letras a fin de mes, y ante las mil gestiones que debía hacer para encontrar el dinero que evitaría una catástrofe. Eso hacía también que yo le estimara más todavía. Era casado y tenía ya dos hijos. Tam-

bién estaban con él la madre y el hermano de su mujer. Se sentía particularmente responsable ante ellos porque había invertido toda la dote de su mujer en la desgraciada empresa de la librería socialista, y después en la de los "Cahiers de la Quinzaine". La angustia de la pobreza y el espectro de la miseria le han hecho escribir páginas admirables sobre el dinero. En general, todo lo que ha escrito lo ha extraído de su experiencia eternamente rumiada, y de su vida interior. Su madre, noble y físicamente bien fornida, era remendada de sillas en Orleáns. Así, pues, él era de cepa campesina, conocía bien la tierra de Francia; continuamente asediado por dificultades económicas, conocía también la pobreza; y arraigado por los suyos en tierra cristiana conocía muy bien las exigencias espirituales del alma, y del alma francesa.

Ansioso de actuar, con el presentimiento tal vez de su corta existencia, —murió a la edad de cuarenta años,— había abandonado la Escuela Normal antes de obtener el título, para fundar la "Librairie Socialiste" de la calle Cujas, con la ayuda de algunos amigos mayores que él, especialmente de Lucien Herr, Bibliotecario de la Escuela Normal, que tenía gran prestigio entre la juventud socialista. Pero pronto debió separarse de sus socios, o más bien fué eliminado de la obra que había fundado porque se le consideraba como a un quimérico contra quien habían decidido actuar "para su propio bien". Nunca olvidó esta ofensa.

Péguy no se entendía con ninguna clase de doctrinas. No lo sabía entonces ni él mismo tal vez. No sabía todavía de qué espíritu era, de dónde venía, hacia dónde iba. También nosotros lo ignorábamos en ese tiempo. Pero ese espíritu le hacía ansiar la verdad, la justicia, la libertad interior cuando sólo se creía un socialista como Jaurés, (que muy pronto detestaría con el mismo ardor con que le había amado); o como Georges Sorel, amigo suyo, casi maestro, y uno de los más asiduos visitantes de su negocio, donde pontificaba con frecuencia, charlando en forma abundante y espiritual, mientras Péguy lo cubría con silencio protector y que el fiel Bourgeois atendía el coprador de cartas y la lista de suscritores. Sorel y Péguy eran muy distintos, pero se habían unido en el mismo deseo de realismo filosófico, en idéntica aspiración hacia un socialismo heroico, y en una aversión común por los conformistas de la Sorbonne.

Péguy disgustóse al fin con Lucien Herr, y más tarde con Jaurés, a quien reprochaba el hecho de haber olvidado esa búsqueda de

la pura justicia, que les había unido en el Affaire Dreyfus, para sumirse en las pequeneces del oportunismo político. Péguy había sido un ardiente defensor del Capitán Dreyfus. Tenía ya preciosas amistades entre los judíos; la de Bernard Lazare y de Blanche Raphael debían desempeñar un papel de suma importancia en el curso de su vida. Ha escrito páginas admirables sobre Bernard Lazare, sobre la inquietud judía, sobre la política y la mística judías. Y podía decir:

"Conozco bien a este pueblo. No tiene sobre sus carnes rincón alguno que no sea doloroso, donde no haya una antigua herida, una vieja contusión, un dolor sordo, el recuerdo de un gran dolor, una cicatriz, una herida, una llaga de Oriente o de Occidente. Tienen las suyas y todas las de los demás. Han asesinado, por ejemplo, como franceses a todos los judíos de la Alsacia y de la Lorena anexadas". (1). Hoy se destituye como judíos a aquellos que durante las dos guerras habían sido reconocidos como franceses.

Péguy estaba disgustado sobre todo con la Sorbonne, que miraba como la ciudadela de los errores del mundo moderno. Le reprochaba el hecho de reducir toda visión de lo real a la Historia, y a la Historia a una polvareda de hechos reunidos artificialmente, que dejaban escapar la sustancia del pasado. La acusaba de pretender extinguir todo entusiasmo, toda fe y toda fidelidad con el peso de las rutinas y de las técnicas. Para ello basta leer al mismo Péguy. A decir verdad, el conflicto entre Péguy y la Sorbonne ha sido uno de los más importantes acontecimientos espirituales de Francia anteriores a la primera guerra mundial.

Era una gracia excepcional tener a nuestra edad a un compañero de ese carácter. Péguy nos hacía participar de su sabiduría y de su experiencia. Pero nos trataba con tanta sencillez, nos tenía tan cerca de él, que nunca, en ese entonces, nos hizo sentir la diferencia de años que había entre él y nosotros. Tal vez porque le éramos tan dóciles. Le considerábamos un compañero maravilloso y le queríamos de todo corazón.

Más tarde, cuando ya nuestro destino se esbozó con caracteres más o menos definidos, cuando también nosotros tuvimos que escoger nuestra vida y afrontar graves responsabilidades, conflictos dolorosos (de que hablaré más adelante) se interpusieron entre Péguy y nosotros; y aprendimos a conocer cuán fácil le era ser injusto, tan natural en un temperamento como el suyo, y la

(1). "Cahiers de la Quinzaine, XI. 12.

celosa exclusividad para con sus amigos.. Pero ese tiempo no llegaba todavía. Vivíamos la luna de miel de nuestra amistad con Péguy.

Volvamos a la Sorbonne

La experiencia de otro, por grande que sea, no satisface plenamente a nadie. Cada cual debe iniciar por sí solo el examen de las cuestiones esenciales, de aquellas que por lo menos le parezcan de vital importancia. Nosotros continuábamos entonces nuestra investigación, nuestra búsqueda de la verdad.

Péguy estaba ya en la plenitud de su acción, que desgraciadamente terminaría con la guerra, cuando para nosotros los principios mismos de toda acción y convicción eran todavía el objeto principal de nuestra búsqueda.

Por un error de definición, yo atribuía a las ciencias de la naturaleza el conocimiento de esos principios. Teníamos un culto enorme por los sabios, en ese tiempo los había en Francia en abundancia. Los Curie habían descubierto el radio en 1898, y su gloria era innegable.

Pero aprendí que los sabios estiman poco los principios supremos de la inteligencia, o en todo caso no parecen preocuparse mucho de ello. Los valores puramente especulativos les interesan poco; las matemáticas son su más elevado cielo inteligible. Una pasión ardiente les une a la "belleza" del universo físico, como a los pintores a la belleza de un paisaje; encuéntrase atraídos por sus laboratorios como los pintores por sus talleres. Me parece que debe haber una similitud de dones entre los grandes sabios y las artistas en el sentido de que la belleza de las leyes del universo que descubren les entusiasma mucho más que su verdad. La verdad sin embargo, tiene más envergadura; atrae por la belleza de las cosas invisibles e inmateriales que no son objeto de las ciencias. Ese cielo espiritual, esos misterios de la metafísica no detienen las miradas de los sabios, no inquietan sus inteligencias. Es necesario admitir esta diversidad de dones.

Los sabios, cuando no filosofan, sólo se apoyan en general en el simple buen sentido empírico. Pero, ¿se puede ser hombre y no filosofar en algún modo? En la Sorbonne que hemos conocido, los sabios en cuando filosofaban eran casi todos partidarios de teorías filosóficas tales como el mecanismo y el epifenomenismo, el determinismo absoluto, el monismo evolucionista, doctrinas que niegan la realidad del espíritu y la objetividad de todo saber que esté por en-

cima del conocimiento de los fenómenos sensibles.

Todas esas teorías formaban algo así como un sistema más o menos reconocido que Jacques debía designar más tarde, en uno de sus primeros libros, con el nombre de Cientismo. "El cientismo, decía, ve en las matemáticas el instrumento universal y el soberano regulador del saber. Reemplaza a la inteligencia por la perfección absolutamente material de los procedimientos técnicos, substituye la inteligibilidad por la simple posibilidad de ser reconstruido con ayuda de elementos matemáticos o de representaciones espaciales. Así impone el cientismo a la inteligencia la ley propia del materialismo: sólo es inteligible aquello que puede ser verificado materialmente. De ahí que el cientismo esté representado por el mecanismo universal. Que todo se reduzca a extensión y movimiento, y que no haya otras leyes fuera de las funciones matemáticas, no era ya a los ojos de nuestros sabios una tesis que debía ser demostrada, sino la exigencia misma del pensamiento" (2).

Estaban obligados a terminar en alguna exigencia del pensamiento, aun desconociendo a éste; y veíanse forzados a referirse continuamente a la inteligencia, ya que es imposible la enunciación del menor hecho sin abstraer y generalizar, y la afirmación o negación de la menor cosa, sin una confianza implícita en los procedimientos de la inteligencia y en los principios de su actividad.

Es así como exponen los sabios buenamente lo que les incumbe, con una referencia implícita al sentido común. Y es la mejor actitud filosófica que puedan adoptar, y el medio más eficaz de enseñanza.

Yo me preguntaba cómo los hombres de ciencia notables, cuyos cursos seguía, o aquellos cuyas obras leía, podían permanecer en un estado de espíritu tan vago y confuso sin que ello les hiciera sufrir, cuando toda realidad intangible desaparecía como una ilusión al querer acercarse para tomarla, y cuando los "hechos" sacrosantos resolvíanse ellos mismos en el polvo de constataciones puramente empíricas, porque lo que generalmente negaba la filosofía reinante era la objetividad misma de nuestros conocimientos, nuestra capacidad para tomar lo real.

Eso creaba a la inteligencia una atmósfera enrarecida, un malestar infinito. Bogábamos en las aguas de la observación y de la experiencia a manera de peces en las profundidades de los océanos, sin ver nunca el sol cuyos rayos recibíamos tan atenuados.